

EDUARDO MANZANO MORENO

LA CORTE DEL CALIFA

Cuatro años en la Córdoba de los omeyas

CRÍTICA
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
Capítulo 1. El califato omeya y los ciclos físicos y humanos	37
Capítulo 2. Los recursos y riquezas del califato	59
Capítulo 3. El califa y el <i>sultān</i>	93
Capítulo 4. Los ejércitos del califa	125
Capítulo 5. La pugna con el califato fatimí (I)	151
Capítulo 6. La pugna con el califato fatimí (II).....	171
Capítulo 7. La defensa de los musulmanes	201
Capítulo 8. La autoridad del califa	235
Capítulo 9. La representación del poder	269
Capítulo 10. Córdoba y Madīnat al-Zahrā'. Topografía del poder y paisaje urbano	297
<i>Apéndice</i>	337
<i>Notas</i>	347
<i>Fuentes</i>	429
<i>Bibliografía</i>	435
<i>Índice alfabético</i>	461

INTRODUCCIÓN

Los soberanos omeyas de al-Andalus tuvieron su residencia en un palacio llamado «alcázar», enclavado en pleno centro de Córdoba, justo enfrente de su célebre mezquita. Rodeado de altos muros y con puertas fuertemente custodiadas por soldados, lo que ocurría dentro de ese palacio no siempre trascendía a los súbditos, especialmente cuando se trataba de asuntos que afectaban a la privacidad de unos soberanos muy celosos de su intimidad. Afortunadamente, sin embargo, siempre había chismosos dispuestos a contar buenas historias a quien quisiera escucharlos y, afortunadamente también, algunas veces las historias llegaban a oídos de alguien que decidía ponerlas por escrito, permitiendo así que sobrevivieran al olvido del tiempo.

Una de las historias más interesantes sucedidas en el interior del alcázar de los omeyas la contaba Ṭalāl, un eunuco de palacio encargado del harén, quien tenía fama de ser persona inteligente y muy fiable. Según este Ṭalāl, una tarde en la que había pasado un rato muy agradable en los jardines del alcázar acompañado de sus esclavas, el emir ‘Abd al-Raḥmān III decidió que esa noche la pasaría con su esposa, Fátima, la mujer de su harén de más alto rango, pues era prima suya y pertenecía, al igual que él, al linaje de los omeyas. Cuando una sirvienta comunicó a esta Fátima que debía prepararse para ir a las estancias del emir a pasar con él la noche, el resto de las mujeres del harén la felicitaron y le desearon todo tipo de parabienes. Entre todas ellas, la que se mostró más efusiva fue una concubina del emir llamada Marÿān, quien era una esclava de origen cristiano y mantenía una sorda rivalidad con Fátima. Sus enhorabuenas por haber obtenido el privilegio de pasar la noche con el emir llegaron a atosigar tanto a la esposa que ésta trató de quitar trascendencia a la oca-

sión, revelando que sus encuentros ya no tenían la pasión inicial y que la cosa no era, pues, para tanto. Marÿân, sin embargo, insistió. Llegó a decir incluso que ella se desprendería de todo cuanto tenía, excepto del vestido que la cubría, a cambio del privilegio de pasar la noche con ‘Abd al-Raḥmān. La altiva Fátima mordió el anzuelo: ¿realmente estaba dispuesta a pagar cualquier precio por tener la oportunidad de estar esa noche con el emir? Marÿân no titubeó un instante y pidió a su rival que pusiera ella misma el precio. Fátima dijo la suma más alta que se le vino a la cabeza: diez mil dinares o, lo que era lo mismo, ochenta mil monedas de plata (dirhems). Ante la sorpresa de todas, Marÿân aceptó el precio sin pestañear y rápidamente reunió las veinte bolsas que contenían la astronómica suma. Fátima pensó que podía hacer el negocio de su vida y que además el episodio les serviría a ella y a su marido para hacer unas buenas risas a cuenta de la incauta concubina, por lo que aceptó la oferta. Marÿân pidió que, como prueba, se redactara un documento de compraventa firmado por ambas y por el resto de las mujeres del harén actuando como testigos, en el que se reconocía el pago de la suma acordada a cambio de pasar la noche con el emir.

‘Abd al-Raḥmān se quedó muy sorprendido cuando la que apareció en sus aposentos esa noche no fue su esposa Fátima, sino la concubina Marÿân. Cuando ésta le explicó lo ocurrido y le enseñó el documento que lo probaba, el emir omeya se mostró muy contrariado con su esposa, capaz de vender una noche con él por una cantidad de monedas, mientras que, por el contrario, se vio complacido por la generosidad y el amor mostrados por Marÿân, dispuesta a desembolsar una ingente suma de dinero, cuando podría haber esperado tranquilamente a que le llegara el turno de pasar la noche con él. A aquella velada le siguieron otras muchas consecutivas, y muy pronto la concubina acabó desplazando a Fátima en la consideración del soberano, convirtiéndose así en la favorita del emir, quien le recompensó con creces el dinero que había pagado y le permitió eclipsar al resto de las mujeres del harén.¹

Muchas veces he pensado que esta historia, si es que realmente ocurrió, fue uno de los hechos decisivos en el devenir de la dinastía omeya. Marÿân no sólo se convirtió en la mujer principal de ‘Abd al-Raḥmān III, sino también en la madre de su primogénito y futuro heredero, al-Ḥakam, quien vino a este mundo en enero del año 915, siendo, por cierto, un bebé sietemesino. Aunque Fátima también concibió un hijo con su esposo, el destino de éste acabó siendo tan oscuro como el de su madre y apenas mereció algunas menciones circunstanciales por parte de los cronistas de

la corte. En cambio, Mar'yān pasó a ser la Gran Señora, fundadora de admirables mezquitas y de legados asistenciales para los necesitados, al tiempo que su hijo se afianzaba como el sucesor al trono. Desde muy pequeño, al-Ḥakam fue objeto de distinciones especiales, como quedar al frente del alcázar cuando su padre se ausentaba con ocasión de alguna campaña, y andando el tiempo fue designado oficialmente como príncipe heredero. Es tentador pensar, por lo tanto, que nada de esto, ni del resto de lo que se va a narrar a lo largo de este libro, hubiera ocurrido si Mar'yān no hubiera ejecutado su inteligente jugarreta.

El destino de al-Ḥakam también estuvo marcado por otra importante decisión de su padre. Su hijo acababa de cumplir los catorce años cuando 'Abd al-Raḥmān III decidió a comienzos del año 929 adoptar el título de califa. A pesar de que la dinastía omeya llevaba gobernando en Córdoba desde hacía más de ciento setenta años, ninguno de sus antecesores se había atrevido a dar un paso tan importante que convertía al soberano de al-Andalus en Comendador de los Creyentes (*amīr al-mu'minīn*), dotado no sólo de un poder temporal, sino también de una autoridad religiosa sobre toda la comunidad musulmana. A partir de ese momento, su nombre fue invocado en todas las mezquitas de sus dominios, y en sus monedas e inscripciones comenzó a inscribirse el sobrenombre califal que adoptó: *al-Nāṣir li dīn Allāh*, «el que trae la victoria a la religión de Dios».

'Abd al-Raḥmān al-Nāṣir sabía muy bien que en ese momento él no era el único que pretendía ser el califa de toda la comunidad musulmana, pero su argumento era que sus rivales utilizaban el título como mera «metáfora». La primera dinastía califal que había surgido en el islam después de la muerte del profeta Mahoma en el año 632 la habían fundado sus antepasados en Oriente, a cuyas sabias políticas se debía la expansión y consolidación de la comunidad musulmana, tal y como cualquiera podía comprobar tres siglos más tarde. Sin embargo, este primer califato omeya no había durado mucho tiempo: después de que trece califas omeyas se sucedieran en Damasco entre los años 661 y 750, la rebelión de un miembro de la familia de los 'abbāsīes había acabado destronándoles y permitiendo que los sucesores de esta dinastía rival ostentaran el título de Comendador de los Creyentes en su nueva capital, Bagdad. Despojados del poder y prácticamente aniquilados por sus enemigos, los omeyas consiguieron, sin embargo, sobrevivir gracias a que un miembro de la familia escapó milagrosamente de la masacre, huyendo hasta llegar a las costas de la península ibérica. La extraordinaria peripecia que había llevado a este 'Abd al-Raḥmān b. Mu'āwiya, conocido como «el Inmigrado», a es-